

RETRATO

Miquel Àngel Essomba, experto en temas de interculturalidad. «Romper barreras, construir puentes»

Es una de las figuras más relevantes en relación con la interculturalidad y la educación en nuestro país, y en nuestro mundo. Su visión clara y crítica al mismo tiempo pone la mirada en las posibilidades que ofrece la diversidad, no sólo en la escuela, sino —como él mismo repite en más de una ocasión— en la vida: «Tenemos alumnos del siglo xxi, vivimos en una sociedad multicultural. De nosotros depende que pueda ser intercultural. Esto exige abrirse al mundo. Podemos enseñar sobre el mapa cuál es la capital de Siria, pero si la guerra de Siria no entra en clase, estamos dando la espalda al mundo».

La interculturalidad es de las dimensiones de la educación que más exige deconstruir para volver a construir; requiere experimentar un conflicto cognitivo, tomar conciencia de que aquello que tenemos como certezas quizá no lo son tanto. Interpretamos la realidad a partir de unos esquemas, y tenemos que estar dispuestos a revisarlos». A esto podríamos llamarlo *apología de la pedagogía*: aprendizaje permanente, significativo, y, por extensión, conectado con la vida.

«A menudo se cuestionan las capacidades

lingüísticas de un alumno recién llegado, porque muestra dificultades para aprender la lengua de la escuela, cuando a veces domina ya tres o cuatro lenguas. Su origen no debería servir para proyectar expectativas negativas sobre su aprendizaje». Cualquier docente conoce los efectos de lo que en psicología se denomina *efecto pigmalión*, y las consecuencias que la falta de confianza puede generar en los resultados de un alumno. Essomba propone darle la vuelta al asunto: «La diversidad es un espacio de proximidad, no de distancia. Un alumno que puede hablar tres lenguas e ir aprendiendo dos más tiene un gran potencial lingüístico». Más que barreras en el aprendizaje, son puentes de conexión.

La cuestión es qué hacer con este potencial: «El aprendizaje de la lengua de la escuela no pasa por dejar de lado la lengua de casa. Ésta ha de tener un espacio, aunque sea simbólico, como una madre que viene a explicar un cuento, por ejemplo, porque de este modo se construye en el niño una representación de proximidad entre su casa y la escuela. Y esto genera factores muy positivos para su aprendizaje. Afianzar la lengua materna le permite cons-

truir mejor en otras lenguas». Imaginamos que este esquema puede aplicarse también a actitudes docentes hacia la diversidad cultural o religiosa.

«En definitiva, debemos ser capaces de ofrecer todos los recursos posibles a fin de que estos alumnos y alumnas acaben consiguiendo hacer lo que quieren hacer». Y como esta afirmación nos genera dudas, preguntamos: ¿Y cómo sabemos que lo que querrán hacer será lo mejor? Y nos contesta con otra pregunta: «¿Y quién somos nosotros para juzgar las decisiones de vida de nuestros alumnos y alumnas? Nosotros tenemos que ayudarles a adquirir las habilidades. Cuando las tengan, son libres de poder elegir. Si no las tienen, no pueden ser libres». Efectivamente, el conflicto cognitivo hace pensar. Y mucho. ■

Eva Martínez Pardo



NOTA



Miquel Àngel Essomba es profesor de la Universidad Autónoma de Barcelona y coordinador general de la red SIRIUS sobre política educativa e inmigración de la Unión Europea.